muere de ella. No es absolutamente exacta esta afirmación y lo pruebo con la vida de los más perdurables artistas Flaubert elabora su prosa, después de forjar los personajes y trazar minuciosamente su plan novelesco, con la obstinada paciencia con que se lapida una piedra preciosa. Balzac, Maupassant, Dostoiewski, Tolstoy, improvisaban furiosamente. Balzac improvisaba al escribir y volvía a improvisar en las sucesivas correcciones. Hugo improvisaba; improvisaba Enrique Heine. Sus capítulos de *Alemania*, de *Los Dioses en el destierro* o de *Cuadros de Viaje* impresionan por la espontaneidad y la frescura que descubrimos en sus cartas a los amigos. Lo que no se debe improvisar es la preparación. Se debe concebir con lentitud, aprestarse lentamente a la tarea creadora en la que es menester ese soplo vitalizador que viene de las fuerzas inconscientes e ingobernables que están en el alma del escritor. Y esto es difícil en América. El conflicto diario impide dar realidad al principio de que el genio es una larga paciencia.

4.—Groussac, descriptor perfecto, es un narrador discutible. Sabe demasiado y quiere saber más a cada instante. Se ha formado en la época en que el cientificismo reemplaza a la sabiduría. Le obsesiona el documento, le turba la superstición del dato minúsculo. No nos perdona nuestra ignorancia y ostenta jactanciosamente su saber numeroso. Su tropicalismo está en el lujo del detalle superfluo, en el *rastacuerismo* del pormenor baladí. A la inversa de Renán y de Taine, que ahorraban al público lo que habían aprendido angustiosamente, para rendir la sustancia pura, Groussac temía que no advirtiésemos la magnitud extraordinaria de su información, el esfuerzo ímprobo de sus pesquisas. Ese defecto se acusa hasta en los pasajes descriptivos de Groussac. Su ciencia nos estorba porque introduce en su arte elementos ajenos a su fin esencial. El literato y el especialista predominaban sobre la pureza del escritor, que se reconoce en la humildad ingenua, en la ausencia de la actitud deliberada, Es una teatralidad que no supo desdeñar. Claro está, que esos defectos se atenúan o desaparecen ante la amplitud de su obra. Pero, esos defectos determinan la inconsistencia y la palidez del escritor imaginativo. Crítico sapiente, historiador insigne, fué, sin embargo, un novelista sin vuelo, sin vigor real, sin esa virtud de coordinación y de abandono, de audacia cautelosa y de instinto sagaz que anima al creador de vida. ¿Qué nos importa? Fué lo que pudo ser; dió lo que pudo dar. Quedémonos con lo óptimo que nos deja, que es tanto, y a ello se agrega la dignidad de su existencia, la fidelidad a su temperamento, la lealtad con su propio concepto de su función.

5.—¿Podría haber dado más de lo que dió? Groussac solía quejarse de su «destierro». Investigador de asuntos argentinos, argentino por la constante predilección de los temas, conservaba, sin embargo, un dejo de melancolía de hombre inadaptado a la atmósfera social en que se desenvolvía y ese estado de ánimo de emigrado se traslucía a menudo en agrias manifestaciones.

¿Venía esta desazón de la certidumbre de que en Francia se habría señalado con una labor más cohesiva? Es lo que suponen muchos admiradores de Groussac. No lo creo. Según un proverbio andaluz, el potro corre las carreras que lleva dentro de sí. La producción de un escritor no representa el total de lo que su talento contiene, únicamente cuando las contingencias de su vida inhiben el curso libre de su fecundidad. Pablo Groussac, repito, no ha padecido esas inhibiciones y tal vez no sería aventurado sostener que dió entre nosotros más de lo que hubiera dado en París. Tuvo para nosotros la significación de un alto representante del normalismo francés. En Francia habría sido un *normaliano* más, un eminente profesor de la Soborna, un Faguet menos grisáceo, más limpido, más clarificado por el don literario, pero un Faguet.

6.—Todo cultor de letras en quien predomina la vocación del humanista, es ineludiblemente un escritor secundario, es decir, un literato. Sus libros le enriquecen más que la vida. Sus minucias formales le interesan más que el espíritu. Los humanistas italianos fueron transcriptores amanerados y serviles de la antigüedad. Mientras pulían su jadeante imitación de los clásicos, la vida de su tiempo y de su país, rica en dramaticidad, en calor, en novedad, huía ante sus ojos cansados de embelesarse con los infolios. ¿Quién se acuerda hoy de Francisco Filelfo, de Lorenzo Valla, de los compañeros del Papa Piccolomini o de los eruditos cofrades del cardenal Besarión? Si algo se ha salvado de ellos es la parte más opuesta a su humanismo, el relato de algún episodio popular, una ligera historieta que refleja un instante de realidad psicológica o de visión poética. En italiano se dice: «Quien sabe, hace; quien no sabe, enseña». Saber, esto es, dominar el proceso de la cultura y olvidar la cultura en la creación, es ser efectivamente escritor. El humanismo, nacido de la ansiedad de saber, constituye un deleite delicado; Groussac, por lo general, no supo abstenerse de ese deleite. Es lo que más le debemos agradecer, porque, en un país mentalmente desorganizado, realizó, como el humanista del siglo XV, una misión pedagógica de ordenamiento y de regulación.

Alberto Gerchunoff

Groussac

=De *Nosotros*. Buenos Aires.=

He verificado en mi biblioteca diez tomos de Groussac. Soy un lector hedónico: jamás consentí que mi sentimiento del deber interviniera en afición tan personal como la adquisición de libros, ni probé fortuna dos veces con autor intratable, eludiendo un libro anterior con un libro nuevo, ni compré libros —crasamente—en montón. Esa perseverada decena evidencia, pues, la continua legibilidad de Groussac, la condición que se llama *readableness* en inglés. En español es virtud rarísima: todo escrupuloso estilo contagia a los lectores una sensible porción de la molestia con que fué trabajado. Fuera de Groussac, sólo he comprobado en Alfonse Reyes una ocultación o invisibilidad igual del esfuerzo.

El solo elogio no es iluminativo; precisamos una definición de Groussac. La tolerada o recomendada por él—la de considerarlo un mero viajante de la discreción de París, un misionero de Voltaire entre el mulataje—es deprimente de la nación que lo afirma y del varón que se pretende realzar, subordinándolo a tan escolares empleos. Esa pedagogía, por lo demás, sería innecesaria. Por ejemplo: la novela argentina no es ilegible por faltarle mesura, sino por falta de imaginación, de fervor. Digo lo mismo de nuestro vivir general.

Groussac. Es evidentemente que hubo en él otra cosa que las reprensiones del profesor, que la santa cólera de la inteligencia ante la ineptitud aclamada. Hubo un placer desinteresado en el desdén. Su estilo se acostumbró a despreciar, creo que sin mayor incomodidad para quien lo ejercía. El *facit indignatio versum* de Juvenal no nos dice la razón de su prosa: mortal y punitiva más de una vez, como en cierta causa célebre de *La Biblioteca*, pero en general reservada, cómoda en la ironía, retráctil. Supo deprimir bien, hasta con cariño; fué impreciso o inconvincente para elogiar. Basta recorrer las pérfidas conferencias hermosas que tratan de Cervantes y después la apoteosis vaga de Shakespeare, basta cotejar su versión calmosa de la Cordillera—*El cerro próximo, descarnado y sombrío, corta duramente el azul metálico del cielo; en los repliegues de la roca, algunas chapas de nieve hacen centellear sus agujas finísimas, cual ojuelas de mica; asoma la arcilla húmeda y negruzca debajo de la capa fundente: ello es la «corona inmaculada» de la poesía de bufete*—, con los paisajes efusivos de *Cosas de Francia*.

No hay muerte de escritor sin el inmediato planteo de un problema ficticio que reside en indagar—o profetizar—qué parte quedará de su obra. Ese problema es generoso, ya que postula la existencia posible de hechos intelectuales eternos, fuera de la persona o circunstancia,s que los produjeron; pero también es ruin porque parece husmear corrupciones. Yo afirmo que el problema de la inmortalidad es más bien dramático. Persiste el hombre total o desaparece. Las equivocaciones no dañan: si son características, son preciosas. Groussac, persona inconfundible, Renán quejoso de su gloria a trasmano, no puede no quedar. Su inmortalidad entre nosotros los argentinos corresponderá a la inglesa de Samuel Johnson: los dos autoritarios, doctos, mordaces.

Jorge Luis Borges

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "